

ama y sigue en los diversos actos de humildad; ofrécese a imitarle cuando quiera y como quiera, dejando en manos de su bondad el presentar las ocasiones para ello; lo mismo le da que éstas sean frecuentes o raras, de poco o de mucho lustre, porque la virtud consiste en el amor que dura siempre y que encierra en sí todas las virtudes con sus diversos actos. Tal es el segundo grado de recogimiento, de recogimiento en la gracia del Espíritu santo, en el amor de la virtud que inspira al alma.

IV

El tercer grado lo constituye el recogimiento de amor. Hasta el presente habíase el alma recogido en sí misma para consultar con su conciencia, o bien la gracia y la voz del Espíritu santo. Ahora sale de sí misma para ponerse en Dios, para vivir en Dios. El fruto natural del amor de Dios es transportar a uno a la persona amada, no viviendo ya más que en ella y para ella, no trabajando sino para darle gusto y contento, y consultando, por consiguiente, ante todas cosas, su manera de ver, sus impresiones y deseos, adivinándolos aun cuando no se manifiestan y penetrándolos.

Cuando se propone a un alma recogida en Dios alguna cosa por hacer, en lo que primero piensa no es en ver si aquéllo le conviene o le es ventajoso a ella personalmente, sino en consultar con Jesucristo, inquiriendo si le agrada o procura su gloria, teniéndose por muy venturosa si para complacerle debiera renunciarse a sí misma o sacrificarse en algo.

En este recogimiento no nos concentramos, como en los demás, en un acto o en una virtud que deba practicarse, sino en la persona misma de Jesucristo; es una amorosa entrega que se le hace por ser quien es. Siendo este amor el centro de la vida viene a ser su ley. Cuanto Jesús quiere y desea, cuanto puede serle agradable se trueca en noble y felicísima pasión del corazón. Así es cómo vive un hijo bien nacido para su amado padre, para una madre tiernamente amada; así también una esposa, que es del todo para su esposo: *et ego illi*.

El alma así recogida goza de entera libertad, por lo mismo que vive del espíritu de amor; está para todo y para nada, todo sirve de alimento a su recogimiento, porque lo ve todo en la voluntad de Dios. De este recogimiento habla nuestro Señor cuando en la cena dice: "Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Quien permanece en mí y yo en él,

ése lleva mucho fruto. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor” (1).

Así, pues, el recogimiento perfecto consiste en permanecer en el amor de nuestro Señor.

¿Es esto difícil, hace falta mucho tiempo para lograrlo? Todo depende del amor que se tenga. Cuando el amor de Jesucristo ha llegado a ser un pensamiento habitual, suave y fuerte; cuando es la divina pasión de nuestros deseos; cuando sin Jesús está triste el corazón, se siente desgraciado en su ausencia y feliz con sólo pensar en El, entonces es cuando se mora en el amor de Jesús.

Lo esencial es mantenerlo por cuanto constituye la vida, hacer habitual el afecto y constante la mirada hacia El.

Por último, la facilidad de recogerse, la paz y la suavidad saboreadas en el recogimiento, son una divina prueba de que le poseemos y permanecemos en su amor: *Manete in dilectione mea*. Que nuestro Señor nos conceda este amor, que formará nuestra santidad y fecilidad en esta vida y en la otra.

(1) Joann., XV, 4, 5, 7 y 10.

EL ROCIO DE LA GRACIA

*Ego quasi ros, Israel germi-
nabit sicut liliū et erumpet ra-
dix ejus ut Libani.*

“Seré como rocío, Israel brotará como el lirio y sus raíces se extenderán como las del Líbano”.

(Os., xiv, 6).

TENEMOS que cultivar en el jardín de nuestra alma, en este paraíso de Dios, el divino grano sembrado por la Comunión, que es Jesucristo, el cual germinará y producirá flores de santidad. Ahora bien: en el cultivo natural de las flores la condición esencial es conservarlas frescas y húmeda la raíz; si se seca ésta, muere la planta. De la humedad proviene la fecundidad. El sol no basta por sí solo para que se abran las flores—su calor las secaría—; lo que hace es fecundar la humedad y volverla activa. Pues del mismo modo lo que para cultivar la flor de vuestra santidad, Jesucristo presente en vosotros, habéis de hacer es conservar la humedad, la frescura de las raíces, y esto no consiste en otra cosa que en vivir vida interior. La naturaleza da a la tierra rocío y lluvia. El rocío de vuestra alma es la gracia, la cual, cuando es abundante, es como una lluvia que inunda y fertiliza el alma.

El cultivo de vuestra alma consiste, por consiguiente, en la vida de recogimiento.

Es cierto que la vida exterior, por santa y apostólica que sea, nos hace perder siempre algo de nuestro recogimiento, y si no nos renovamos interiormente, acabamos por perder toda gracia y toda vida sobrenatural.

A primera vista parece lo contrario, pues como la virtud es siempre meritoria, el ejercitarla exteriormente debiera servirnos, no ya para disminuir la gracia, sino para aumentárnosla. Lo cual es de suyo verdad; por sí misma la virtud tiende a eso, pero lo que pasa es que obramos con escaso fondo de vida interior, que se agota pronto con el ejercicio. Los hechos lo demuestran. Preguntad a los misioneros si la vida de celo vuelve interior a uno. Todos contestarán que no.

Vemos en el evangelio que una mujer se acerca y toca el

vestido del Salvador. Al punto queda curada; mas dice Jesús: "Una virtud ha salido de mí, lo he sentido" (1). Pero Jesús no perdió esta fuerza ni se disminuyó en nada su piélago de divino poder; así como el sol lanza sus rayos y derrama su calor sin agotarse por eso, así Dios da también sin empobrecerse. Pero no es esto lo que nos pasa a nosotros: cuando en las obras de celo damos al prójimo de lo nuestro, disminuimos nuestro fondo de vida sobrenatural. Lo cual, lo repito una vez más, no es porque así lo requiera la naturaleza de la virtud, sino porque nuestro estado debilitado y envilecido, nuestra tendencia a bajar siempre, hace que nunca ejercitemos exteriormente la virtud sin perder algo de nuestras fuerzas interiores y sin tener necesidad de volver luego al descanso para reponernos.

Y no hablo sólo de obras brillantes y difíciles, como predicación, confesiones, estudios, dirección de obras de caridad, no, sino que las más sencillas ocupaciones diarias a que nos obligan los deberes de nuestro estado o la obediencia gastan nuestra vida interior, y si no renovamos a menudo la intención, nos perderán: nos convertiremos en máquinas, menos perfectas aún que las de vapor, que dan siempre y regularmente la fuerza de que son capaces, en tanto que nosotros no iremos mucho tiempo al mismo paso. ¡Llegaríamos a ser una máquina monstruosa! En nosotros mismos llevamos el mundo, y por retirada que sea nuestra vida, siempre se desliza por algún lado en nuestro corazón. ¡Es tan fácil que el amor propio penetre donde sólo el amor de Dios debería existir!

Lo que digo de empleos exteriores y manuales dígolo también del estudio. Hasta el estudio de Dios, de la sagrada Escritura y de la teología, reinas entre todas las ciencias, os hincharán y secarán el corazón si asiduamente no practicáis la vida interior. El entendimiento se sobrepondrá al corazón y lo secará si cuidadosamente no lo rociáis con aspiraciones, intenciones y transportes de amor hacia Dios. La ciencia ayuda a la piedad, mas la piedad santifica la ciencia.

¡Pero muy otra cosa sucede cuando se trata de obras que exigen grandes cuidados, como son la predicación, la confesión y la dirección de obras de caridad! Gastáis más y tenéis por lo mismo mayor necesidad de reponeros. "El agua del Bautismo, decía san Juan Crisóstomo, que hace el cristiano tan puro, queda, sin embargo, muy sucia cuando se la

(1) Luc., VIII, 46.

saca de la piscina después de que habéis sido sumergidos vosotros en ella.” Y yo os digo: ¿queréis por ventura perderos por salvar a los demás? ¡Qué desdicha!

Cuando más se sube en dignidad, tanto más se pierde en vida interior y en fuerzas divinas, porque todos vienen a quitarnos algo; por eso es necesario entonces orar más. ¡Los santos trabajaban de día y oraban de noche! El soldado victorioso debe volver al campamento para descansar, so pena de que la bandera del triunfo se trueque en sudario. Cuanto más trabajéis, tanto mayor es la necesidad que del retiro tenéis.

Es extraño cuánto se engaña el mundo sobre esa persona. Ved, dicen, qué hermosa vida lleva fulano. No dispone de un momento para sí, sino que se entrega todo al servicio del prójimo. Está bien; pero al examinar más atentamente, observo que entre tanto bueno hay defectos que me infunden sospechas sobre el valor de este celo; paréceme que las hojas de este hermoso árbol comienzan a amarillear antes de tiempo. Debe de haber algún vicio interior; notáis que poco a poco va decayendo, porque le falta la verdadera savia, la vida interior. Hace falta estar tan unido interiormente con Dios como exteriormente a las obras que se ejecutan. Bien sabe el demonio echar mano para perdernos de la ignorancia o de la falta de atención a este principio. Como vea un alma generosa y llena de celo, la lanza entre ocupaciones absorbentes, le impide verse, le proporciona mil ocasiones de gastar fuerzas, hasta tanto que quede agotada; mientras ella se da por entero a remediar las miserias de los demás, él mina la plaza y acaba de dominarla por completo.

¡Qué presto se seca uno bajo un sol abrasador, cuando las raíces no penetran muy hondo en tierra húmeda!

¡Tengo que trabajar, se dice; hay tanto que hacer! Si las obras de Dios me están llamando por todas partes! Y así es: Pero tomad el tiempo preciso para comer y dormir, si no queréis volveros locos. Sí; hay gran peligro de entregarse demasiado a las obras exteriores, a menos que, como el profeta, tengamos el alma de continuo en las manos para ver si estamos siempre dentro de la ley, si vamos bien por el camino. ¡Es tan fácil, a ratos tan brillante dejarse arrastrar a derecha o a izquierda! En un ejército los exploradores prestan muchos servicios, pero no son los que ganan la victoria. Por manera que no debéis correr siempre adelante, sino que os es también menester replegaros sobre vosotros mismos para pedir fuerzas a Dios y ver el mejor medio de valeros de

las mismas. He aquí la regla práctica. ¿Os domina vuestra posición en lugar de dominarla vosotros? Pues estáis perdidos. ¿Qué sucede con un navío, a pesar de toda la habilidad del piloto, cuando la tempestad lo ha dejado sin timón? Vuestro timón es el recogimiento, que es el que debe dirigiros y moveros; haced todo lo que podáis para conservarlo, que sin él iréis a la deriva.

No digáis, por tanto: “¡oh qué alma más santa, ved cuán celosa es!” ¿Es interior esa alma? Todo cabe esperar de ella si lo es, en tanto que si no es recogida, a nada grande ni santo llegará ante Dios. Dominad, pues, vuestra vida exterior, que si ella os domina, os arrastrará a vuestra pérdida. Si las ocupaciones os dejan medio de considerar interiormente a nuestro Señor, vais por buen camino, continuad. Si en medio de vuestros trabajos se dirige el pensamiento hacia Dios; si sabéis evitar que el corazón se quede árido y vacío; si, aunque vuestros trabajos os dejen cansado, hastiado, sentías en el fondo gran paz, vais muy bien, sois libres y señores en vuestra propia casa, bajo las miradas de Dios.

Ved la recompensa que Jesucristo da a los apóstoles cuando vuelven triunfantes después de haber predicado, curado y hecho milagros de todo género: Venid y descansad en la soledad: *Venite seorsum et requiescite pusillum* (1), que es decir: Habéis gastado mucho; es preciso que reparéis las pérdidas.

Después de Pentecostés los apóstoles, llenos del Espíritu santo, se sienten penetrados de inmenso celo: todo lo quisieran abarcar. Es ésta señal de almas magnánimas. Cuando se encuentran al frente de alguna obra todo lo quisieran abarcar, nunca les parece haber hecho bastante, porque siempre les queda algo por hacer. Así, Moisés reunía en sí mismo las funciones de jefe de Israel, de juez y de delegado del pueblo cerca de Dios. El Señor le dió orden de compartir sus ocupaciones con algunos ancianos. Así también los apóstoles servían a los pobres, dirimían las contiendas, predicaban y bautizaban a las muchedumbres, sin reparar en que dando una parte de su tiempo a la predicación y el resto al servicio del prójimo, no les quedaba nada para orar. Es lo que nos acon-tece: cargados con exceso de ocupaciones, bien pudiéramos hacernos ayudar por otros; pero apenas pensamos en ello, sentimos cierta necesidad de hacer todo por nosotros mismos. ¡Pura imprudencia! ¡Se mata uno, pero no por eso van

(1) Marc., VI, 31.

mejor las cosas! Sólo que nos arrastra la necesidad de obrar, de darnos.

Mas Pedro, que más que ningún otro de los apóstoles tenía luces especiales, dice un día: "No nos conviene que lo hagamos todo, pues no nos queda tiempo para orar. Escojamos diáconos que sirvan a los pobres; en cuanto a nosotros, distribuiremos el tiempo entre la predicación y la oración. *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus*" (1). Y ¿quién puede tenerse por más santo y lleno del espíritu de Dios que los apóstoles? Pobres pigmeos en punto a vida espiritual, debiéramos pasar en oración los días y las noches.

No es verdadera virtud la que no va del interior al exterior. La virtud ha de tener su comienzo en el pensamiento, en el afecto y en la oración. ¿Dónde está la espiga durante el invierno? Está en el grano de trigo, bajo la tierra: la harán germinar y madurar las fuerzas del calor combinadas con las de la humedad. La virtud es asimismo un grano en vosotros sembrado, que sólo a fuerza de oración, vida interior y sacrificios haréis germinar. El reino de Dios está dentro de vosotros. Nunca tendréis una sólida virtud exterior si ésta no ha sido antes interior.

¿No veis que la obra que en vosotros realiza Dios la comienza por el interior? ¿No tenéis tentaciones interiores? Es Dios quien con ellas cultiva vuestro corazón y siembra en él. Violentas tempestades sacuden el tallo de vuestra paciente virtud para que así extienda más las raíces. Tal es el trabajo de Dios. Cuando os cuesta el hacer algo, no son vuestras manos ni el cuerpo los que se muestran reacios, sino vuestro corazón y vuestra voluntad, por ser aún demasiado débiles.

Así, pues, nunca tendréis virtudes que primero no hayan sido interiores, que no reciban su vida del interior. Para conocer el grado de virtud de un alma habéis de conocer antes el grado de su vida interior.

Principio de éste que debiera orientarnos en la práctica.

Cuando os resolváis a practicar tal o cual virtud, adoptad primero la resolución de practicarla interiormente. Que es decir: Comenzad por practicar la virtud en la oración, acostumbándoos a pensar en ella. Luego iréis a practicarla exteriormente.

Este es el procedimiento que Jesucristo sigue en la Eu-

(1) Act., VII, 2-4.

caristía. ¿A qué viene dentro de nosotros por la Comunión? Sin duda que para visitarnos; pero cuando en nosotros permanece, alguna otra cosa debe de hacer también. A lo que viene es a sembrar y cultivar en nosotros sus virtudes, a formarse a sí mismo en nosotros, a configurarnos consigo. Viene a educarnos en la vida divina, de suerte que crezca en nosotros al par que nosotros crecemos en El, hasta llegar a la plenitud del hombre perfecto, que es el mismo Jesucristo.

Fijaos en el estado de Jesús en el santísimo Sacramento. ¿Le veis? Ahí está, sin embargo; mas su vida exterior sólo los ángeles la ven. Por más que nada veamos, creemos que ahí vive, de igual manera que creemos en el sol, aun cuando lo oculten las nubes; del mismo modo que creemos también en el trabajo que realiza la naturaleza, aunque esté fuera del alcance de nuestra vista. Lo cual nos prueba que no todo se reduce a la vida exterior, sino que hay también una vida, no por invisible y del todo interior, menos real.

Al comulgar pedid a nuestro Señor que viváis con El y El en vosotros. Todo eso es interior. No es lo que piden la mayoría de los cristianos, cuyo espíritu, intención y voluntad se ocupan de obras exteriores, aunque comulguen, sin que Jesús encuentre ninguno con quien conversar.

En resumidas cuentas, el poder de la virtud radica en la vida interior. Cuando no se tiene ésta, tampoco se tiene virtud, a no ser que Dios obre para vosotros un milagro.

Diréis quizá que de atenerse a este principio es difícil salvarse. No hablo de quienes se contentan con lo estrictamente necesario para guardar los preceptos; conocen sus deberes y la rectitud de su conciencia les muestra dónde está el bien y dónde el mal: lo reducido de sus obligaciones los salva.

En cuanto a vosotros, queréis llevar una vida piadosa y vivir entre favores del divino Maestro y de una vida superior a la de la generalidad: fuerza será que trabajéis también más. Pues subís en dignidad, subid también en virtud; vuestras obligaciones son más numerosas; el Salvador, que os ama más y os concede mayores gracias, exige también más de vosotros.

Cuidado con la rutina, tan fácil cuando el curso de la vida es regular y buenas las ocupaciones exteriores; renovad a menudo la intención; conservad la humedad en la raíz del árbol, si queréis que produzca frutos de salvación.

LA INSENSIBILIDAD DEL CORAZON

*Percussus sum ut foenum et
aruit cor meum.*

"He sido batido como heno y
se ha secado mi corazón".

(Ps., ci, 5).

I

ESCRIBIENDO san Bernardo al Papa Eugenio, le decía: "Temo que la muchedumbre de ocupaciones os haga abandonar la oración, y que así se endurezca vuestro corazón."

Aquel a quien así hablaba el santo doctor era un gran papa, ocupado en los asuntos más santos del mundo, como son los de la Iglesia. Con cuánta más razón no deberemos nosotros aplicarnos estas palabras, puesto que ocupaciones mucho menos importantes nos alejan de la oración. El mundo nos rodea; poca cosa hace falta para distraernos y desviar-nos de la oración, Bastan para ello nuestras ocupacioncillas exteriores, que pueden hacernos caer en la insensibilidad del corazón, el mayor de todos los males.

Temed mucho la insensibilidad y la dureza del corazón, pues es necesario tener uno sensible y dócil, que se sienta a sí mismo en el servicio de Dios. El que nada sienta, no se horrorizará cuando tenga la desgracia de pecar. No sentirá las llagas, por profundas que sean.

Y digo sensibilidad, porque no conozco otro vocablo que mejor exprese mi pensamiento. La sensibilidad de que hablo consiste en cierto afecto hacia lo que se ha de hacer y cierta repulsa al más ligero mal. Tened entendido que por nada me refiero a esotra sensibilidad nerviosa de los seudodevotos.

Para no exagerar nada, tampoco hablaré de la insensibilidad involuntaria. El rey David confesaba que se encontraba a veces ante Dios cual una bestia de carga, tan pesado e insensible como ella. Pero añadía: "*Ego autem semper tecum*". A pesar de ello, permanezco a vuestros pies con Vos." Este estado de estupidez espiritual no es siempre un castigo; pasamos por ahí para llegar a mayor sumisión y humildad ante Dios. ¿Qué habrá que hacer en estas ocasiones? Nada: tener paciencia, ejercitarse en lo que se pueda y esperar. Como

este estado de ordinario no es culpable, no nos hace responsables de nuestras sequedades y malas oraciones. Es la misericordia de Dios la que nos reduce a ello para impedir que nuestra mente se divierta con naderías, para inflamar nuestro corazón con amor más ardiente y tornar nuestra voluntad más perseverante y firme.

La insensibilidad involuntaria del corazón es también muy penosa, más penosa aún que la estupidez del espíritu, por ser el corazón el órgano con que amamos a Dios, además de que como la voluntad es dirigida por el amor, parece como que queda entonces paralizada. De ordinario Dios envía esta prueba al corazón demasiado sensual, que siempre anhela gozar de Dios: Nuestro Señor le lleva un poco a Getsemaní para darle a gustar gozos más amargos.

Pero las más de las veces la dureza de corazón es un castigo, una consecuencia de nuestros pecados, que hay que evitar a todo trance. El estado de prueba no dura largo tiempo: nos prepara a mayores gracias, paga algunas deudas, y luego el sol vuelve a aparecer radiante. De suyo el corazón no permanece insensible a Dios, es necesario que algún pecado o algún estado de pecado le fuerce a ello. Nuestro Señor no pudo soportar sino tres horas de pruebas en Getsemaní, y la tristeza de su Corazón y el abandono de su Padre le pusieron en las puertas de la muerte.

Cuando tales estados resultan largos es cosa de ver si no serán debidos a alguna falta nuestra, pues la prolongación es señal ordinaria de que les hemos atraído nosotros. Cuando veáis que desde hace un año o más sois insensibles a las gracias de Dios, a su inspiración, a la oración, no vayáis a buscar la causa muy lejos, pues está en vosotros, lo sois vosotros mismos; concretadla y haced cuanto podáis para salir de este estado. Es claro que un alma que comienza por gustar a Dios y luego para en eso, no es sino por culpa suya. No es tan duro Dios, sino un buen padre que no puede ocultarse por largo tiempo. Y nos haría morir si nos diera la espalda durante mucho tiempo. La Escritura atestigua que es bueno, lleno de ternura y de amor, que es un padre, una madre para sus escogidos, y tenemos que sentir, es preciso que sintamos su dulzura y su bondad; si no, señal de que somos culpables.

Nos falta un sentido, estamos paralizados y nuestra es la culpa: averigüemos las causas para remediarlas.

II

Una de las causas la encontramos en la ligereza del espíritu y en ese derramarse en cosas exteriores. El espíritu ligero no está nunca en su casa, no sabe reflexionar, obra por impresión y como arrastrado. Pide de comer cuando tiene hambre y no se toma el tiempo ni la pena de buscar el alimento: como no lo encuentra en Dios se vuelve hacia las criaturas. La insensibilidad y dureza de corazón comienza de ordinario con la ligereza de espíritu. Ya se alimentaría si meditara, mas el tiempo de la oración lo pasa en nonadas. ¿Qué de extraño que el corazón sufra por ello?

Estad, por consiguiente, sobre aviso en punto a la ligereza de espíritu, poned toda vuestra atención en la oración, que es donde os alimentáis y calentáis, donde trazáis el plan del combate espiritual. Una meditación que no os pertrecha de armas de combate, nada vale; como no os alimenta, caeréis de inanición.

Pero diréis: No me alimenta la oración, por más que hago en ella todo lo que puedo.—En este caso cambiad de materia, escoged la que os convenga más. Si un arma no os conviene, tomad otra; lo esencial es estar armado. Tened presente que en la vida espiritual hay prácticas de simple devoción, y las hay necesarias como la meditación, el espíritu de fe y la oración. Nada hay que pueda sustituir a estas últimas; abandonándolas se extingue la vida espiritual, porque se priva del sostén necesario. No cabe dudar que el corazón vive del espíritu, y que el amor, el afecto, no se alimentan sino con la oración.

Otra de las causas de la dulzura del corazón procede de nuestras infidelidades a la gracia. Nunca nos faltan la gracia, la iluminación y la inspiración de Dios, pues incesantemente nos hace El oír su voz; pero nosotros la ahogamos, paralizando así nuestro corazón, que no vive más que de la gracia, y en no recibéndola muere de inanición.

Además de las gracias de salvación, recibimos las de santidad y de devoción; también a estas últimas hay que ser fiel, tanto más cuanto que hacen de nosotros lo que debemos ser. ¿Qué es, en efecto, un hombre que no se encuentra en su gracia de estado? Y la gracia de estado propia del adorador reside en la oración, en el sacrificio de sí mismo, en el reclinatorio, a los pies del santísimo Sacramento. ¿Descuidáis esta gracia? Pues pereceréis. No hay calor donde falta el fue-

go. Examinaos bien sobre este punto. ¿Oráis? Todo va bien. ¿Os descuidáis en la oración? ¡Gran peligro corréis de perderos! La gracia de Dios no la tendréis si no es por la oración, el sacrificio y la meditación. Pues no ponéis la causa, tampoco lograréis los efectos. Tenéis derecho a las gracias y no lo hacéis valer. Ciertamente que es cosa en que sólo vosotros tenéis que ver; mas se os pedirá cuenta del talento que habéis guardado inútilmente. Mientras vuestro cuerpo siga un régimen, todo irá bien. También el alma tiene un régimen que seguir. ¿Hacéis todas las oraciones que este régimen os prescribe?

Quizá no habré dejado la oración más que para cierto tiempo, pasado el cual volveré a practicarla, os diréis entre vosotros. ¡Pura presunción! ¡Como queréis vivir sin Dios y sin comer, caeréis en el camino!

—¡Pero si no abandono más que oraciones de devoción! —¡Fijaos bien en lo que hacéis! ¿Por qué habíais de dejarlas ahora, después de haberlas practicado durante tanto tiempo? Eso arguye ingratitud y pereza; os inclináis hacia el pecado. Por vosotros mismos nunca debéis cambiar de régimen. Si queréis hacer más, pase; ¡pero menos, nunca! De lo contrario, languidecerá vuestra devoción. No digáis: No hay ley que obligue a guardar tal régimen de devoción. En punto a amor de Dios no se mira a lo que pide la ley, sino a lo que pide el corazón.

La tercera causa procede de la sensualidad de la vida. Tanto nos ama Dios y hasta tal punto quiere elevarnos hasta sí mismo, que cuantas veces vamos a las criaturas en busca de satisfacciones, nos castiga, o por lo menos nos castigamos nosotros mismos en cuanto perdemos el vigor y la satisfacción en su servicio. No tarda en venir este castigo, sino que sigue muy de cerca a la culpa; tal es una de las leyes de la santidad. Los demás pecados no van seguidos del castigo inmediato tanto como el que consiste en gozar de las criaturas o de sí mismo, pues bastante castigo es el pecado mortal por sí mismo, en tanto llegue el infierno a satisfacer a la justicia de Dios. Pero quien en sí mismo o en las criaturas busca el contento, malogra la gracia de Dios, le tiene en menos y le deshonra, por lo que al punto es castigado con la privación de la paz y la satisfacción que procura el servicio de Dios; es castigado por donde pecó.

Son muy numerosas las almas de esta clase. Siempre se quiere gozar. En todas las cosas comiéntase por buscar el lado que más sensaciones nos proporcione, y créese que el

amor sube de punto porque se tiene más *sensiblería*. En realidad, en este caso se nos trata como a un niño, a quien, para calmarle y darle gusto, se da inmediatamente la recompensa que ha merecido; no se ama, sino que se es amado. Se goza y se vuelve uno ingrato para el manantial de esa alegría puramente gratuita, atribuyéndola al propio merecimiento, a la virtud, siendo así que es un don del Salvador. ¡Desdichados de nosotros si Dios se viera obligado a tratarnos de tal suerte! Nos lisonjearía como se lisonjea a los enfermos que se encuentran en los últimos extremos, ocultándoles el mal.

Por consiguiente, cuando nos hallemos insensibles, averiguemos si no hemos sido demasiado sensuales en nuestra vida. No me refiero a la abominable sensualidad, sino a esa otra que consiste en complacerse el amor propio en el bien, en las buenas obras que se hacen; esa sensualidad que obra el bien para gozar del mismo, para honrarse y glorificarse por ello, en lugar de referirlo a Dios, único autor del bien. Salid de este estado y bendecid a Dios por tratarnos duramente para descubriros vuestro mal.

III

Es, pues, necesario tener un corazón sensible, dúctil, que se deja impresionar por la gracia, dócil al menor toque de la misma y capaz de sentir la operación de Dios.

Dícese: Quien trabaja, ora, y el trabajo me santifica, aun cuando no sienta a Dios en mí.—¡Oh, si oráis al trabajar, está muy bien! Mas el trabajo, cuando no va animado de buenos deseos, de aspiraciones a Dios y de unión con El no es una oración. También trabajan los paganos y los impíos. Si trabajáis por amor de Dios, oráis; si no, no.

—Pero trabajando hago la voluntad de Dios, y eso debe de bastar.—¿Pensáis en esa divina voluntad? ¿Trabajáis por ventura para conformaros con ella?

—¡Si cumplo con mi deber!—Los soldados y los condenados a los trabajos forzados lo cumplen también. Por sí misma la vida exterior no es una oración; es preciso animarla del espíritu de oración y de amor para que lo sea.

Es necesario, lo repito, tener un corazón afectuoso para Dios. ¿Para qué nos había de dotar el Creador de sensibilidad si no fuera para emplearla en su servicio? La sensibilidad es el vivir del espíritu de fe. Decía nuestro Señor a los judíos: “Os quitaré el corazón de piedra y os daré otro de

carne" (1). Los judíos tenían un corazón de piedra, porque eran del todo exteriores y hallaban su recompensa en la felicidad presente. A los cristianos, en cambio, nuestro Señor ha dado un corazón de carne capaz de sentir la vida divina, de unirse con Dios, de unirse con el Verbo. Y como el Verbo no obra sino en corazón semejante al suyo, y como por ser espíritu no habla sino espiritualmente y por medio de la fe, menester es que el alma, que el corazón esté siempre en nuestras manos, elevado a Dios, para que el divino artífice pueda configurarlo según el modelo del propio corazón, imprimiéndole el sello, la vida y el movimiento propios.

El Señor rechaza y maldice la tierra en la Escritura diciendo que será árida, que no la regará la lluvia, que de su seno no saldrá nada. Al contrario, cuando la bendice, asegura también Dios nuestro corazón, lo fecunda con el rocío de su gracia, y con el calor de su amor lo dilata, tornándolo de esta suerte capaz de todas las impresiones de su amor.

IV

El primer efecto de la sensibilidad del corazón es hacernos distinguir mejor la proximidad de Dios, oír de más lejos y con mayor ventura su voz y manteneros bajo la amorosa impresión de su presencia. La sensibilidad es causa de que el corazón se dirija más fácilmente hacia Dios, y eso antes por impresión, por instinto, que por razonamiento. Cuanto más se da uno a Dios, tanto más sensible y delicado viene a ser. No se trata de que las lágrimas salten con mayor o menor abundancia. La sensibilidad y la delicadeza del corazón son algo misterioso: no pueden definirse, sino que se sienten. Son la misma señal de la gracia.

Mas a medida que va uno alejándose de Dios, disminuye la delicadeza. Déjase la compañía del rey para volver al vulgo. En lugar de mirar a Dios, se mira a las criaturas. ¡Desdichado del que así cae!

El segundo efecto de la sensibilidad es movernos a orar interiormente. Las oraciones vocales no bastan; por tantas que sean no satisfacen por completo. El corazón experimenta la necesidad de alimentarse con sentimientos nuevos. Quiere desprenderse más de lo terreno y subir más alto, siente la necesidad de vivir con Dios por medio de la meditación.

(1) Ezech., XXXVI, 26.

En el servicio de Dios nos hace, por tanto, falta un corazón sensible. Lo necesitamos por lo mismo que somos flacos. Es una doctrina presuntuosa la que desdeña la sensibilidad del corazón y enseña que hay que caminar sin gozar de Dios. Sin duda que no debemos apetecer como un fin el gozar de Dios; por lo demás, si os paráis demasiado en eso, bien sabrá nuestro Señor sacaros a otro estado. Pero si os sentís atraídos, si es verdad que subís, que sentís el Corazón de Jesús en contacto con el vuestro, ¡oh cuán felices sois! Pedid esta gracia, es un bastón sólido y seguro del que os podéis valer para caminar.

No me agradan los que dicen: Mi tienda está plantada en el Calvario. Si allí lloráis, está bien; pero si permanecéis fríos, es el orgullo el que os retiene.

¿Quiénes sois para pretender pasaros sin esos dulces y fáciles medios de que, misericordioso, se vale Dios? Ahora que se instruye a los niños de tal manera que a los siete años son ya unos filósofos, se hacen pedantes y arrogantes, porque el espíritu acaba por sobreponerse al corazón.

Fijaos, al contrario, en lo que vemos en el Evangelio: Al llorar Magdalena y las santas mujeres, Jesús, lejos de desechárlas, las consuela.

Debéis sentir y gustar de Dios por lo mismo que os ha dado un corazón sensible.

Mas la ternura del corazón es, las más de las veces, fruto de sacrificio. Si el Señor os conduce por esta senda, someteos, pero dejadle que obre según le plazca.

Todo entero quiere Dios nuestro corazón. Se tiene miedo de darse por completo; dícese: "Prefiero sufrir! Pero lo que en el fondo de este sentimiento hay es pereza. No quiere uno entregarse completamente, sino que quiere escoger por sí mismo el sufrimiento; ¡da miedo dejar que lo escoja Dios!

Tengamos, pues, siempre un corazón sensible y afectuoso para Dios, sobre todo en nuestras oraciones. ¡En el servicio de nuestro Señor no somos todo lo felices que debiéramos! Nuestro Señor quisiera derramar con mayor abundancia las dulzuras de su gracia; aceptadlas con confianza para vuestra mayor dicha en el tiempo y en la eternidad.

LA PUREZA DE LA VIDA DE AMOR

*Cor mundum crea in me,
Deus.*

“Dios mío, cread en mí un
corazón puro”.

(Ps., 1, 12).

I

ENTRE las virtudes hay una sin la que todas las demás no valen nada: es la caridad habitual, el hábito de estado de gracia. Para ser gratos a Dios y vivir de El nos es absolutamente necesaria, del propio modo que lo es también para la eficacia de la vida, así apostólica como contemplativa, pues sin el estado de gracia todas las virtudes son a manera de diamantes perdidos en el barro. El alimento tomado en estómago enfermo ahoga en lugar de vivificar, y el que presenta a Dios un cadáver infecto, ¿cree, por ventura, ofrecer una hostia de agradable olor? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa somos sin el estado de gracia?

Es preciso que estemos en estado de gracia para que Dios pueda amarnos y concedernos sus gracias. Ciertamente que Dios no nos ama porque merezcamos ni tiene por qué amar nuestras obras en cuanto de nosotros proceden. Porque, ¿qué somos a sus ojos y qué puede salir de bueno de un alma manchada por el pecado? A lo más un insignificante bien natural; pero, en cuanto a lo sobrenatural, nada. Lo que Dios ama en nosotros es su gracia, su santidad, que se refleja en un corazón puro. Nada más hace falta para satisfacer la mirada de Dios. ¿No es amado de Dios el niño, después de bautizado? Y, sin embargo, carece de virtudes adquiridas; pero es puro, está en estado de gracia y Dios se contempla en la gracia que adorna su corazón y saborea el perfume de esa flor delicada mientras lleguen los frutos.

En el adulto lo que Dios estima por encima de todo es también el estado de gracia, ese estado de pureza adquirido en un baño de la sangre de Jesús; lo que constituye nuestra belleza es el estado de gracia, que es el reflejo de Jesucristo en los santos. Jesucristo se ve en su alma como el Padre en su Verbo. En tanto que si el alma es pecadora, no

es posible que Dios se vea en ella. ¿Cómo queréis que tenga miradas de complacencia para un verdugo de su divino Hijo? Nunca es amable el mal, por lo que Dios no puede amar nuestro estado, cuando estamos en pecado: su misericordia comienza por purificarnos y sólo entonces nos muestra su amor y podemos sostener sus miradas. La primera razón para conservar el estado de gracia, por tanto, es que nos hace amar a Dios y nos vuelve agradables a sus ojos.

II

¿Qué ha de suceder con adoradores que tan a menudo vienen a postrarse a los pies de Jesús y cabe sus ojos? ¿Queréis que Jesús vea en vosotros enemigos suyos? Reproducíd en vuestra alma su viva imagen, si queréis que os reciba con agrado. La primera cosa que debéis hacer al venir a adorar es desechar al demonio tomando agua bendita y haciendo un acto de contricción, lo cual es deber de limpieza que obliga por igual al pobre y al rico. ¡Ah! Si tuviéramos un poco de fe, en sintiendo un pecado sobre la conciencia, no nos atreveríamos a entrar en la iglesia o nos quedaríamos a la puerta del templo como el publicano.—¡Pero en este caso nunca iríamos a la iglesia!—¡Purificaos y entrad! Soy de parecer que el pecador que dice: No me atrevo a ir a la iglesia para presentarme a Dios, estima en lo justo las conveniencias. Sin duda que se equivoca en no recurrir a la penitencia, pero ese sentimiento es en el fondo conforme con la verdad.

La virtud que debiera sernos más cara es la caridad habitual. Ved cuál es la mente de la Iglesia sobre el particular. Por santo tiene al sacerdote por cuanto representa a Jesucristo y porque renueva las maravillas que el Salvador obró una vez. Y, sin embargo, le detiene al pie del altar, obligándole a postrarse, a humillarse, a confesar sus pecados y a recibir el perdón, por así decirlo, del acólito, las más de las veces un pobre chiquillo, que le dice: “El Señor todopoderoso tenga piedad de ti: *Misereatur tui!*”

Al venir a adorar, ejercéis una función angelical, por lo que debéis ser puros como los ángeles. Insulta quien se presenta a la adoración con conciencia manchada. ¿No dice la Escritura: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* (1):

(1) Ps., XLIX, 16.

Al pecador dijo Dios: ¿Cómo hablas tú de mis mandamientos y tomas mis palabras en tu boca? Sed, pues, puros si queréis adorar. ¿Cómo presentarse a Jesús purísimo quien exhala olor de cadáver? ¡Ah! ¡No despreciéis, os lo suplico, a nuestro Señor hasta tal punto que vengáis a adorarle con conciencia pecaminosa!

¡El estado de gracia! ¡Oh! ¡El demonio juega con nosotros! ¡Corremos a pequeños actos de virtud y nos descuidamos en punto a pureza de conciencia, como si un acto de virtud fuera otra cosa que fruto! El árbol que produce el fruto lo forman las raíces, por lo cual debéis poner mucho cuidado en que la raíz sea sana. Gústale al Señor la alabanza que sale de la boca de los pequeñuelos, porque procede de un corazón puro.

Penetrémonos de estas ideas. Conservemos bien el estado de gracia. Decid a menudo: En la adoración soy representante de la Iglesia, de toda la familia de Jesucristo, abogado de los pobres y de los pecadores. Mi oficio es interceder por ellos: y ¿cómo me atreveré a pedir perdón si yo mismo soy pecador? Después de todo, a lo que el Señor hace caso es a la pureza de conciencia, al estado de gracia. Conocéis la hermosa contestación que el ciego de nacimiento dió a los fariseos, quienes se empeñaban en demostrarle que Jesucristo era un pecador: “Yo no sé si será pecador o no, pero lo que sí sé es que me ha curado y que Dios no escucha a los pecadores.”

¿Cómo aplacan los santos su cólera sino porque son a sus ojos como víctimas puras, embellecidas con la pureza de su Hijo, el pontífice puro, inocente y sin mancha?

III

Esto supuesto. ¿qué nos queda por hacer? Debemos estimar el estado de gracia por encima de todo, y no temer nada tanto como las ocasiones de pecar. ¡Llevamos nuestro tesoro en vasos tan frágiles! ¡Menester nos es desconfiar en todo momento y estar sobre aviso! ¡Hasta María tiembla en presencia del ángel! Hemos de echar mano de todos los medios para conservar intacta la pureza de nuestra alma y ser como un centinela perpetuamente despierto. Vigilemos sobre nuestros sentidos. Al encontrarnos en las ciudades, tan corrompidas hoy, debíamos poner las dos manos sobre los ojos, para que la muerte no nos suba por nuestras

ventanas. Debiéramos decir sin cesar: “Dios mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.” La atmósfera de las ciudades es infecta; el pecado reina como soberano y gloríanse las gentes de servirle; el aire que se respira es asfixiante; nos embisten mayores tentaciones; hay nieblas de pecado, que aspiramos mal de nuestro grado, por lo cual tenemos que vigilarnos más estrictamente.

Y que quien mayores gracias haya recibido vigile más todavía. Nadie tiene tantos motivos para temer como el que ha recibido algún don de oración, pues a quien procede de países cálidos el frío impresiona más que a ningún otro. Del propio modo, quien vive de Dios tiene necesidad de una vigilancia más solícita cuando se encuentra en el mundo. Ven-se a veces almas piadosas que dan en lamentables caídas, y eso que comulgaban y oraban bien. Claro, ¡como que no vigilaban bastante! Eran como niños mimados en el seno de la familia, que no pensaban en los fieros leones que rondaban en torno suyo. Los santos andaban con más cuidado que ningún otro, por lo mismo que se sentían más ricos y conocían su flaqueza. Sí, a medida que aumentan las gracias se ve uno más expuesto, y cuanto más amado se es, tanto más hay por qué temer.

Lleváis un gran tesoro, que bien merece la pena de que el demonio se alce con él, lo cual suele ser no pocas veces cosa de un instante.

¿Que cómo puede ser eso? Pues el hombre, tan santo antes, ha confiado demasiado en sí mismo, hase enorgullecido de sus gracias, ha presumido demasiado de lo elevado de su estado y ha caído. ¿Por ventura os figuráis que, porque Dios os ama con amor privilegiado y os colma de gracias, le amáis también vosotros del mismo modo, merecéis su amor y aún creéis tener derecho a él? No, no. Harto a menudo acontece que los niños más amados son precisamente aquellos que menos aman. No os fiéis, por tanto, demasiado de la santidad de vuestras costumbres y de vuestro estado. ¡En el cielo cayeron los ángeles!

Nos vemos inclinados a no mirar el servicio de Dios sino por lo que honra y por el lustre que de él se nos sigue; ponemos nuestros ojos en los que están debajo de nosotros. Miremos a nuestra flaqueza; grandes gracias suponen miseria grande. ¡Muy frágiles debemos de ser para que Dios nos rodee de tantos cuidados y de tantas barreras!, tal es el pensamiento que nos hará estar alerta contra nosotros mismos.

Vigilemos, pues. No nos fíemos de nuestra santidad. Haced cuenta que en el blanco, el más sobresaliente de los colores, aparece la menor mancha, la cual basta para deslucirlo. La blancura es para nosotros un color de prestado que nos da Jesucristo. ¡Que nada venga a empañarlo!

Vuestro temor ha de ser mayor por lo mismo que más os favorece Dios. ¿Creéis acaso que, porque Dios os ama, os ama también satanás? Como os ve trabajar para recuperar el puesto de los querubines y serafines, os tiene envidia.

Además, os ataca también para vengarse de nuestro Señor. Parece como que dice a Jesús: ¡Aunque no pueda derribaros a vos, destruiré esos copones vivos! En nosotros intenta vengarse de su impotencia contra el Salvador, que le ha echado por tierra. ¿No sabéis que quien se propone llegar a la santidad se prepara tentaciones y tempestades horribles? Y en medio del furor desencadenado de esas tormentas os decís: ¡Si antes no era tan tentado! Claro; en aquellos tiempos el demonio no tenía por qué teneros miedo. No os espantéis de ver que las tentaciones redoblan, cuando sois más fervorosos en el servicio de Dios; si de algo hubiera que gloriarse sería de eso, porque si el demonio os ataca, es porque merecéis la pena de ser atacados.

Seamos puros, pues Jesucristo lo quiere. Trabajemos cada vez más en blanquear nuestro celestial vestido. ¡Oh! Tengamos fe. ¡Sepamos a quién servimos! Una prueba de que nos falta fe es que no somos todo lo delicados que debiéramos para con nuestro señor Jesucristo. Reprochémonoslo a menudo. Hagámonos puros y que la delicadeza, flor finísima de la fe y del amor, se abra en nuestro corazón y nos guíe como soberana en nuestras relaciones con Jesucristo, que ama corazones puros y se complace entre lirios. El secreto de su regia amistad es la pureza de corazón fielmente custodiada: *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem* (1).

(1) Prov., XXII, 11.

LA VIRGINIDAD DEL CORAZON

*Sicut lilium inter spinas, sic
amica mea inter filias.*

"El alma a la que amo sobre
las demás debe ser como el li-
rio entre espinas".

(CANT. II, 2).

EL reinado del amor radica en la virginidad del corazón y es figura suya el lirio que se levanta como reina entre las flores del valle.

El amor es uno: dividido o compartido, es infiel. Las uniones genuinas consisten en el intercambio de los corazones. En el corazón es donde se verifica la unión, y para simbolizar la pureza de la misma la esposa se viste de blanco.

También nuestro Señor nos pide entrega absoluta de nuestro corazón, pues quiere reinar solo en él y no consiente que lo dividamos entre El y las criaturas.

Es Dios de toda pureza; ama a las vírgenes por encima de todo y para ellas guarda sus favores y el cántico del cordero; su corte privilegiada la forman las vírgenes, que le siguen a dondequiera que va.

Jesús no se une más que a un corazón puro, y propio de esta unión es engendrar, conservar y perfeccionar la pureza, pues de suyo el amor produce, entre quienes se aman, identidad de vida y simpatía de afectos. El amor evita lo que desagrada y trata de agradar en todo, y como quiera que lo que más desagrada a Jesús es el pecado, el amor lo evita con horror, lo combate enérgicamente y muere contento antes que cometerlo.

Tal es la historia de todos los santos, de los mártires y de las vírgenes. Es sentimiento que ha de tener todo cristiano: todos debemos estar dispuestos a morir antes que ofender a Dios.

Nada tan delicado como la blancura de la azucena, cuyo brillo empaña el más insignificante polvo y el menor aliento. Otro tanto pasa con la pureza del amor. El amor es de suyo celoso.

El título que Dios prefiere a todos los demás es el mismo que a nosotros nos es más caro, o sea, *Deus cordis mei*, el

Dios del corazón. ¡Ah!, el corazón es nuestro rey; él dirige la vida y es la llave de la posición. Nada extraño, pues, que todas las tentaciones del mundo ataquen al corazón y tiendan a conquistarlo, porque ganado el corazón queda también ganado todo lo demás, por lo que la divina Sabiduría nos dice: "Hijo, guarda tu corazón con todas las precauciones imaginables, pues de él depende la vida: *Omni custodia serva cor tuum quia ex ipso vita procedit*" (1).

No reina Jesús en un alma sino por la pureza del amor.

Pero hay dos clases de pureza en el amor de Jesucristo.

La primera es la pureza virginal, que brota como fruto natural del amor de Jesús. El alma, prendada de este amor, prevenida de este atractivo, quiere consagrar su corazón a su esposo y hacerle entrega de todo: *ut sit sancta corpore et spiritu* (2). Es una azucena y Jesús se complace entre azucenas.

Reina en su espíritu sosegado y puro, donde la verdad sola resplandece.

Reina en el corazón, donde se encuentra como rey en su trono.

Reina en el cuerpo, cuyos miembros todos le están consagrados y ofrecidos como hostia viva, santa y de agradable olor: *Ut exhibetis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem* (3).

Esta pureza constituye la fuerza de un alma. El demonio tiembla ante una virgen, y por la Virgen fué vencido el mundo.

¿Hay muchos corazones que nunca han amado más que a Jesucristo?

Debiera haberlos, si se considera quién es Jesucristo. ¿Qué hombre o qué rey hay que pueda comparársele? ¿Quién es mayor, más santo o más amante? No cabe duda de que la realeza de este mundo no vale la realeza virginal de Jesucristo.

Corazones enamorados de Jesús, los hubo muchos en los siglos de persecución, muchos también en los siglos de fe, y eso porque sabían apreciar en lo justo el honor de no entregarse y de no pertenecer sino al rey de los cielos. Los hay también muchos hoy, a pesar de la guerra que les hacen el mundo y la sangre; son como ángeles en medio del mundo

(1) Prov., IV, 23.

(2) Cor., VII, 34.

(3) Rom., XII, 1.

y como mártires de su fidelidad, pues los combates que les libran el mundo y los parientes son terribles y p[er]fidios, y no hay flecha que no se les lance para arrancarles esa regia corona que de manos de su esposo Jesús recibieran.

Nuestro Señor recompensa esta fidelidad uniéndose con sus almas de modo cada vez más íntimo, y como es pureza por esencia, incesantemente las va purificando y las trueca en oro purísimo.

No hay premio que pueda compararse al que ellas tendrán en el cielo. “Vi, dice san Juan, el apóstol virgen, vi que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con El ciento cuarenta mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre... Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono del Cordero, y nadie podía cantar aquel cántico fuera de las vírgenes. Por ser vírgenes y estar sin mancilla siguen al Cordero doquiera que vaya” (1).

Para los que no tienen esa corona de la pureza virginal, resta la pureza de la penitencia. Es bella, noble y fuerte esa pureza reconquistada y guardada a fuerza de los más violentos combates y de los sacrificios más costosos a la naturaleza. Hace al alma vigorosa y dueña de sí misma. Es también un fruto del amor de Jesús.

El primer efecto del amor divino al tomar posesión de un corazón contrito es rehabilitarlo, purificarlo y ennoblecerlo; en suma, hacerlo honorable.

Luego el amor lo sostiene en los combates que le sea menester sostener contra sus antiguos señores, sus hábitos viciosos.

El amor penitente da un ejemplo magnífico: es una virtud pública por los combates que libra y por las cadenas que rompe.

Son sublimes sus victorias; su triunfo completo consiste en hacer al hombre modesto.

Compremos, por tanto, aun a costa de los mayores sacrificios, este oro aquilatado en el fuego de la pureza, para enriquecernos y revestirnos de la cándida vestidura, sin la que nadie entra en el cielo. Esto es lo que san Juan advierte al obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum, probatum, ut locuples fias et vestimentis albis induaris* (1).

(1) Apoc., XIV, 1-5.

(2) Apoc., III, 18.

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? El que es inocente en sus obras y tiene corazón puro.

Purificarnos, tal es la tarea más importante de la vida presente. Nada manchado podrá entrar donde reina la santidad de Dios, y para verle y contemplar el resplandor de su gloria preciso es que el ojo de nuestro corazón esté completamente puro. Aun cuando no tuviéramos más que un átomo de polvo en nuestra túnica, no entraríamos en el cielo sin antes purificarlo en la sangre del cordero. Sobre ello ha empeñado el Salvador su palabra, que no puede dejar de cumplirse: "En verdad os digo que de toda palabra ociosa que dijeren, darán los hombres cuenta en el día del juicio" (1).

Hay que purificarse sin cesar. Antes huír a un desierto y condenarse a una vida de sacrificios, antes abandonar todas las obras, por bellas y buenas que fuesen, que perder el tesoro de la pureza. Todas las almas que pudiéramos salvar no valen lo que la salvación de nuestra propia alma. Aquello que Dios quiere antes que todo y por encima de todo, aquello sin lo cual todo lo demás para nada sirve, somos nosotros mismos.

¡Ah! Si no tenemos todas las virtudes heroicas y sublimes de los santos, seamos al menos puros, y si hemos tenido la desdicha de perder la inocencia bautismal, revistámonos de la inocencia laboriosa que nos comunica la penitencia.

No cabe vida de amor sin pureza.

(1) Matth., XII, 36.

EL ESPIRITU DE JESUCRISTO

Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.

“Quien está unido al Señor es un mismo espíritu con El”.

(COR. VI, 17).

I

AL examinarnos atentamente no podemos menos de reconocer que lo natural vuelve sin cesar y trata de sojuzgarnos en la menor ocasión; que el entendimiento anhela de continuo entregarse a su ligereza, a su actividad, a su nativa curiosidad; el corazón, a sus preferencias y humanos afectos; que la voluntad, tan tenaz en lo que hace por gusto y libremente, es flaca tratándose de seguir la inspiración de Dios; que el alma entera, poco ha tan sosegada y recogida en la oración, en un instante pierde su recogimiento y ya no piensa en Dios. En las relaciones con el prójimo, se olvida de Dios. Así es nuestro natural cuando no está muerto, ni domado, ni ligado lo bastante para que no se escape en todo momento.

¡Pobre árbol espiritual falto de raíces! Somos, ¡ay!, como esas plantas de cálido invernadero que no pueden sacarse al aire libre sin que se marchiten o queden heladas. Lo cual demuestra que nuestra vida interior es ficticia, artificial, viva tan sólo ante el fuego de la oración, helada tan pronto como se nos deja a nosotros mismos o nos damos a nuestras ocupaciones exteriores.

¿De dónde procede esto?

II

DE dos causas. Es la primera que no nos alimentamos espiritualmente de lo que hacemos. Si estudiamos no es por devoción, sino por celo, por actividad natural; en el trato con el prójimo nos disipamos en lugar de aprovecharnos de la ocasión para trabajar por Dios. Nuestras ocupaciones son, por lo mismo, al modo de la fiebre que nos debilita y consume.

Es menester trabajar, pero alimentándonos de la virtud propia del trabajo que traemos entre manos, haciéndolo por espíritu de recogimiento en Dios y viendo en él el cumplimiento de una orden suya, diciendo como poseídos de su santísima voluntad antes de cada acto: Voy a honrar a Dios con esta obra.

La segunda causa es que no tenemos un centro adonde retirarnos para reparar nuestras fuerzas y renovarlas a medida que las vamos gastando. Corremos como torrente; nuestra vida no es sino movimiento y ruido de pólvora.

Lo que nos hace falta es el sentimiento habitual de la presencia de Dios, o de su gloria, o de su voluntad, o de su misterio, o de una virtud; en una palabra, nos hace falta el sentimiento de Jesucristo, el vivir cabe sus ojos, bajo su inspiración, del propio modo que El vivía de la unión con su Padre: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (1).

III

Ahora bien; esa unión de Jesús con su Padre manifiéstase en sus palabras y actos.

En sus palabras: “No hablo por mí mismo: *A meipso non loquor* (2). Os he hecho saber cuanto he oído a mi Padre: *Quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis*” (3). Así, ni una sola palabra dice Jesucristo por sí mismo, sino que escucha al Padre, le consulta y luego repite fielmente su divina contestación, sin añadir ni quitar nada. No es sino la palabra del Padre: *Verbum Dei*, la cual la repite con respeto, pues es santa, y con amor por ser una gracia de su bondad; con eficacia por cuanto ha de santificar al mundo y crearlo de nuevo en la luz y en la verdad, calentarlo con el fuego del amor y un día juzgarlo. Por eso eran espíritu y vida las palabras de Jesús, que calentaban como un fuego misterioso. “*Nonne cor nostrum ardens erat in vobis dum loqueretur?*” (4). Era omnipotente: “*Si verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petitis, et fiet vobis*: Si mis palabras permanecen en vosotros, bien podéis pedir cuanto queráis, que se os concederá todo” (5). Las palabras salían

(1) Philipp., II, 5.

(2) Joann., XIV, 10.

(3) Joann., XV, 15.

(4) Luc., XXIV, 32.

(5) Joann., XV, 7.

de Jesús como los rayos salen del sol, para alumbrar las tinieblas interiores: *Ego sum lux mundi* (1).

He aquí lo que tenemos de ser para el prójimo, *verbum Christi*, la palabra de Jesucristo. Eso fueron los apóstoles y también los primeros cristianos, pues el Espíritu santo hablaba por su boca ante los paganos; eso recomienda san Pablo a los fieles: "Que la palabra de Jesucristo habite con abundancia en vuestros corazones: *Verbum Christi habitet in vobis abundanter*" (2).

Es preciso, por consiguiente, escuchar a Jesús cuando nos habla dentro de nosotros mismos, comprender y repetir su palabra interior; y escucharla con fe, recibirla con reverencia y amor; transmitirla con fidelidad y confianza, con dulzura y fuerza. Desgraciadamente, cuán poco nos hemos inspirado hasta el presente en la palabra de Jesucristo, y cuán a menudo, al contrario, en el afecto natural del prójimo. De este modo nuestras palabras resultan estériles, inconsideradas y hartas veces culpables.

IV

El Padre inspiraba todas las acicones de Jesucristo y regulaba hasta sus menores detalles: "*A meipso facio nihil* (3), por mí mismo no hago nada." Nuestro Señor cumplía la voluntad de su Padre hasta en las cosas más menudas e insignificantes.

Pues éste es también el deber de un verdadero servidor de Jesucristo, de un alma que se alimenta de El y tan a menudo lo recibe. ¿No es ya una grande dicha nada más que el tener a Jesús como dueño y ver que se sujeta hasta a dirigirme en todo e inspirar los menores detalles de mis acciones? ¿Por qué no habría de hacer lo que El hace y del modo y con la intención con que El lo hace, puesto que aprendiz suyo soy? ¡Ah! Si así obráramos, gozaríamos de libertad, paz y unión con Dios; no nos concentraríamos en lo que hacemos, sino que permaneceríamos en Jesús por más que trabajáramos exteriormente; no tendríamos apego sino a lo que quiere nuestro Señor y todo el tiempo que El lo quiera, como el criado a quien se dice: Vete, y se va; ven, y viene.

(1) Ibid., VIII, 12.

(2) Col., III, 16.

(3) Joann., VIII, 28.

Mas para esto hace falta un cambio de gobierno, de jefe, de principio. En nuestra vida hace falta una revolución, pero una revolución completa que encadene y crucifique al hombre viejo; hace falta, en suma, que dejemos la dirección de nuestra vida en manos de nuestro Señor y que nos contengamos con obedecerle.

No se nos viene para otra cosa. Sin esta entrega de nuestras facultades, de nuestra voluntad y de nuestra actividad, Jesús no vive en nosotros con vida actual. Nuestras acciones siguen siendo nuestras con algo de mérito; estamos unidos con El por medio de la gracia habitual y no por el amor actual, vivo y eficaz; no podemos decir con toda verdad y con toda la profunda significación que encierra: "Ya no vivo yo, sino que vive en mí Jesucristo: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus*" (1).

(1) Gal., II, 20.

LAS SEÑALES DEL ESPIRITU DE JESUS

Fili, diligenter adverte motus naturae et gratiae, quia valde contrarie et subtiliter moventur; et vix, nisi a spirituali et intime illuminato homine, discernuntur.

“Hijo, observa con cuidado los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque son muy contrarios y sutiles; de manera que con dificultad son conocidos, sino por varones espirituales e interiormente iluminados”.

(IMIT., I, III, c. LIV).

I

HAY en nosotros dos vidas: la natural y la sobrenatural. Una u otra debe necesariamente dominarnos. De ser la primera, somos culpables; si la segunda, todo va regulado y santificado por ella, que es la que lo corrige y ordena todo y todo lo purifica. Nuestra virtud consiste en mantener viva y robusta esta vida sobrenatural. Es menester que sepamos de qué espíritu somos movidos, si del espíritu de la gracia o del de la naturaleza. Hay momentos en que este discernimiento es muy difícil porque nos encontramos en lucha; el éxito dirá con qué espíritu obramos, cual es la vida que en nosotros reina.

Nada hay en el mundo que no sirva a la vida natural, la alimente, ensalce y glorifique; cuando de veras se quiere vivir de Dios, hay que valerse también de todos los actos y de todos los medios para conservar y aumentar la vida sobrenatural.

Si quisierais discernir los diversos movimientos que una y otra vida producen en nosotros, os aconsejaría que recurrierais al capítulo cincuenta y cuatro de la *Imitación*; sólo la humildad o la delicadeza hacen que nos atribuyamos todos los defectos en él indicados. Hay que ser mesurados en todo. Ciertamente que en nosotros laten en germen todas las malas inclinaciones; pero en la práctica no todos los defectos los tenemos. Pidamos a Dios nos dé a conocer los nuestros y haga que nos corriamos sin precipitaciones ni desasosie-

gos. Si por nuestra parte somos fieles, la gracia de Dios nos guiará y llevará al triunfo la vida de Jesucristo en nosotros.

He aquí algunas señales de que se posee la vida sobrenatural, de que está sólidamente asentada en nosotros y dirige nuestra conducta:

1.º Primeramente la vida de Jesucristo domina la conciencia, purificala y la separa del pecado. No se une con conciencias dudosas o culpables. Examinemos si vive en nosotros Jesús por la delicadeza de la conciencia. Si no tenemos odio al pecado, señal que no hay en nosotros espíritu de Jesucristo. Es preciso que la conciencia sea libre y clara, que el enemigo esté totalmente encadenado, sin que pueda enturbiar la limpidez de la conciencia, para lo cual hay que echar mano de la fuerza, emplear primero la fuerza contra sí mismo y contra el pecado. La dulzura vendrá después. Pronto indicaremos el carácter de esta fuerza. Veamos, por tanto, si nos desazona el pecado. Si no, señal que somos forasteros y no hijos de la familia. Si no nos aflige el haber pecado y causado tristeza a nuestro Señor, el haber puesto entre El y nosotros una barrera que nos impida hablar, es porque nuestro corazón está muerto.

2.º Cuando nuestra voluntad está en El, nuestro Señor vive en nosotros, no ya tan sólo para evitar el pecado, lo cual bastaría para salvarnos, sino para cumplir cuanto nos pidiere.

Hay, con todo, aun en este segundo estado, casos en que la voluntad está en lucha contra el pecado y casos en que se queda en dudas y se ve inclinada al mal por la tentación; se encuentra entonces a oscuras y como trastornada. No se trata ya de experimentar buenos sentimientos, sino de fortalecer la voluntad contra el pecado, y contra los pecados más graves. Dios quiere este estado, por eso los santos se ven a veces entre querubines y a veces entre demonios.

No quiere Dios que olvidemos del todo la conciencia. Como la dulzura de su servicio nos lleva a perder de vista la conciencia, pues el corazón hace olvidar el combate, envíanos estos ataques que arremeten contra la misma voluntad. Ya no hay entonces lugar para el orgullo, pues el alma duda respecto de todo lo hecho hasta el presente; tan débil se siente que caería si Dios no le tuviera como de la mano. Es cosa humillante, pero provechosa, porque hace falta que veamos nuestro polvo; y algo de temor resulta necesario para evitar la multiplicación de casos de pereza. Estados son éstos más penosos que la misma aprehensión positiva del infierno.

El alma llora por Dios y sufre tanto cuanto haya amado hasta el presente y cuando más amada haya sido. Déjanos Dios en ese estado hasta que volvamos a nuestra miseria. Y la pobre alma dice entonces: ¿A dónde he ido a parar? ¿Qué sería de mí, si me hubiera abandonado Dios? ¿Hasta dónde no habría bajado, si El no me hubiera detenido?—Este hermoso acto de humildad nos pone de nuevo de pie. Dios queda satisfecho y todo vuelve al orden.

Tenéis que contar con estos estados; por ellos tendréis que pasar. ¿Por ventura subís de continuo? Por eso necesitáis ser purificados. La prueba os vendrá a la hora de Dios. ¿Qué hacer en esos momentos? Coged la cruz, recurrid a la oración, que no es tiempo de huir. Hay almas que pasan por ella muy a menudo, tan pronto como les acontece caer en algún pecado del corazón, de afecto: así Dios las purifica.

Quizá digáis: De ser así, ellas mismas son culpables; culpa suya es si pasan por estas pruebas. ¡Eh! Lo que ocurre es que todavía no estamos en el paraíso. Puede que haya alguna falta suya, pero Dios se vale de eso y las pica para que vayan más pronto, para hacer derramar sangre y lágrimas, para hacer sitio.

Volvamos a lo que inquiríamos antes, a cuál es la segunda señal de que Jesucristo vive en nosotros. Fuera de esos estados de tentación de que acabamos de hablar, es el estar nuestra voluntad atada con la suya sin que nada quede libre. En nuestras adoraciones y oraciones hemos de fortalecer sin cesar esta voluntad de pertenecer a nuestro Señor, entregándosela de continuo.—¿Para qué?—Para todo lo que quiera, así ahora como más tarde.

Es un gran defecto de la piedad el empeñarse en querer un detalle; viene a faltar éste, otro se presenta en su lugar y acontece que nosotros no estamos preparados. Habéis de entregaros para todo. ¿Nada os dice Dios en este momento? ¡Qué más os da! Le pertenecéis mientras llegue el momento de que os hable. He aquí la verdadera señal de que Jesucristo vive en la voluntad. Si os encontráis en ese estado, vivís de Dios. La vida sobrenatural, la vida en Dios, es una vida de voluntad. Lo que el hombre acepta en su voluntad ante Dios es como si lo hubiera hecho y posee realmente el mérito de lo que ha querido. Estar a la disposición de Dios es obrar.

De modo que cuando el Señor manifiesta su voluntad particular, al punto la cumple uno, porque está preparado. ¡Poco da que agrade o repugne a la naturaleza! Salimos a cumplir

la orden divina tan pronto como aparece a nuestra vista. El hombre espiritual está siempre contento, sea como fuere lo que Dios pida. En cuanto al natural, lo domamos con las espuelas. Es preciso que marche. ¿Que no quiere ir? Hinquémole las espuelas en los ijares. Por poco que eche de ver que sois débiles, os arrojará por tierra, en tanto que viendo lo fuerte que sois irá a pesar suyo. Evitemos, pues, ese defecto que consiste en querer saber lo que habremos de hacer a tal o cual hora. Siempre y para siempre habréis de ser para Dios. No ha de haber tiempo libre, así como tampoco lo hay en el cielo. Sin duda que el reglamento os prescribe varios ejercicios para horas fijas; pero en el intervalo debéis estar a disposición de Dios.

Hasta es imprudente querer prever de antemano sacrificios que Dios no exige más que para determinado momento; equivale ello a querer combatir sin armas. Aguardad a que Dios os los pida, que entonces os dará la gracia correspondiente. Dejad que fije El mismo lo que hayáis de hacer; estad en el centro de la divina voluntad, y por lo que toca a las buenas obras que se os ofrezcan fuera de este divino querer, no hagáis caso de ellas. Si Dios no os pide nada, no hagáis nada; pues quiere que descanséis, dormid a sus pies.

3.º ¿Cuándo vive nuestro Señor en nuestro corazón? Cuando éste no encuentra felicidad ni gozo fuera de Dios. Este gozo no siempre lo sentimos, pues no pocas veces es crucificado; ni consiste en otra cosa el gozo de amar a Dios por encima de todo, por cuanto de la suerte viene el corazón a vivir en la vida divina más de sufrimiento que de alegría, y acaba por amar por Dios el sufrimiento y la cruz. Aun cuando sufre, la dicha del corazón consiste en ser de Dios; vive, no ya en sí mismo, sino en Dios.

No siempre es fácil reconocer la señal de que Dios vive en el corazón. Con objeto de que el amor crezca más y más, permite Dios que el corazón se vea entre tinieblas y le parezca que no ama lo bastante, lo cual le estimula y le mueve a amar con nuevos bríos, y creyendo que no llega a la meta redobla los esfuerzos.

4.º Para el entendimiento, en cambio, la cosa es más fácil; y hasta puede uno estar cierto de cuándo el espíritu vive de Dios. Más aún, la certidumbre de la propia vida sobrenatural prueba que la voluntad y el corazón viven de nuestro Señor, porque quien proporciona motivos y pensamientos que los mantengan en la vida sobrenatural y surte el hogar de leña es el entendimiento.

Y se tiene el entendimiento en Dios cuando el pensamiento de nuestro Señor es fijo, dominante, nutritivo y fecundo. ¿Pensáis habitualmente en nuestro Señor? Pues Jesucristo se encuentra en vuestro espíritu y en él vive; vive, por lo mismo que es dueño y legislador.

Si el entendimiento no vive en Dios ni nutre la vida sobrenatural, el corazón no procederá sino por saltos y la voluntad por ímpetus, en tanto que si los mantiene, la vida resulta sólida y continuada. Por eso deben las almas piadosas leer, meditar, proveerse de luz y de fuerzas. Y cuanto más interior, tanto más instruído debe ser uno, ya por medio de libros, ya por la meditación, ya por el mismo Dios. De la falta de instrucción dimana el que muchos que son cristianos y no reflexionan nunca, sean personas honradas, pero amantes por nada. Hay cierta piedad pueril, que, como no sea por representaciones pasajeras, nunca piensa en nuestro Señor; a esas almas hay que ocuparlas con una muchedumbre de ejercicios y de pequeños sacrificios personales. No saben reflexionar ni piensan sino en pedir gracias transitorias y muy de detalle. Nunca se les ocurre pensar en el mismo nuestro Señor, no saben pedir su amor, como tampoco la gracia de la vida interior; no sueñan más que en las buenas obras; en Dios mismo, en el principio de su amor, en sus perfecciones, eso jamás. No vuelan muy alto y quedan fuera de la vida sobrenatural del espíritu. Se ven jóvenes que eran ángeles de piedad en la familia, y una vez casadas a duras penas siguen siendo cristianas. ¿Cuál será la causa? Que su piedad consistía en prácticas exteriores de devoción, que en el nuevo estado resultan imposibles, por lo que su piedad sucumbe.

Para cambiar todo esto, lo que debe hacerse es amar y conocer en sí a nuestro Señor. Así, hágase lo que se hiciere, siempre se le ama; el exterior, el color de la vida podrá variar; pero guardando el fondo de la vida interna y verdadera.

¿Por qué no penetramos en este amor serio que nos hace amar a nuestro Señor en nosotros mismos? ¡Ah, es que Jesucristo es severo! Nunca se harta. Es un fuego que siempre pide nuevo combustible. Se tiene miedo a nuestro Señor, y a eso se debe la escasez de vocaciones adoradoras. Cuando la piedad consiste en prácticas, cumplidas éstas ya nada queda por hacer, mientras que con Jesucristo nunca se hace lo bastante, cada vez nos pide más y no da derecho a pararse. ¡Se le ve tan perfecto y tan lejos se encuentra uno de parecerle!

Así que la balanza para regular la vida sobrenatural es ésta: ¿En qué estado se encuentra la vida de Jesucristo en vosotros? ¿Se retira nuestro Señor de vosotros, o más bien penetra cada vez más en vuestra alma? El calor o el hielo que sintáis os lo dirá. Hemos de llegar a la vida de anonadamiento, que debe ser la nuestra por ser la de Jesucristo en el santísimo Sacramento, donde se da, se despoja y se anonada incesantemente. ¡Que nuestro Señor viva en nosotros!

II

Al analizar la primera señal de la vida sobrenatural, he dicho que se precisaba ser fuerte contra el pecado y contra sí mismo. No sólo es leche la piedad, sino también fuerza, que es lo que nos hace falta para asegurar la victoria. El reposo prolongado amortigua las fuerzas, en tanto que el ejercicio nos hace aguerridos y nos robustece. Es falsa toda piedad que no quiere echar mano de la fuerza, que no llega a ser fuerte.

1.º Hay una fuerza brutal que debe emplearse contra las pasiones. No es una fuerza razonada, porque quien se mete a razonar con el seductor está perdido, pues le tiene en alguna estima por lo mismo que consiente en discutir con él. De esta fuerza brutal hemos de valernos contra nosotros mismos y contra el mundo, y debe ser cruel, intolerante como la misma vida religiosa, que rompe toda relación con la carne y la sangre. Lejos de nosotros la tolerancia. ¡Nada de tolerancia con el enemigo! “No he venido a traer la paz, dice el Salvador; he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre” (1), y al hombre de sí mismo. Jesucristo fué el primero en sacar la espada contra los sensuales e hipócritas fariseos; esta espada la ha lanzado al mundo, y los cristianos deben recogerla; un pedazo basta, pero por lo menos esto hay que cogerlo. Es una espada bien templada, templada en la sangre de Jesucristo y en el fuego de lo alto. El reino de los cielos padece violencia, y sólo los violentos lo arrebatan: *Rapiunt illud* (2). Jesucristo quiere para el cielo varones violentos, sin misericordia, escaladores, capaces de todo; que declaran y mantienen por su nombre una guerra sin cuartel; que odian a su padre, a su madre, a todos sus

(1) Matth., X, 34.

(2) Idem, XI, 12.

deudos. Claro que me refiero al pecado, no a las personas. Guerra contra sí mismo, contra los siete pecados capitales, o, lo que es lo mismo, contra las tres concupiscencias. Hay que cortar hasta el corazón, hasta la raíz, y es cosa que nunca se acaba.

¡Oh cuán violento es este combate! Siempre hay que volver a comenzar, y la victoria del día de hoy no asegura la de mañana. Véncese un día para verse aherrojado con cadenas al día siguiente. El ponerse a descansar basta para prepararse una derrota: quienes vencen son aquellos que nunca cesan de combatir. Hay que escalar el cielo y tomarlo por asalto. La razón por que muchos ven el bien y no tienen ánimo para aceptar el combate es porque, dominados por las pasiones, su vida contradice constantemente sus palabras. Fijaos en Herodes, quien escucha con agrado a san Juan en tanto no le habla sino del reino de Dios en general; pero no bien ataca el precursor su pasión impura, arremete contra él furioso, olvida todo, y llega hasta el extremo de hacerle matar. Hay en el mundo muchas vocaciones religiosas; pero como haya que dar un buen golpe, no se tiene valor para tanto: este primer golpe es más costoso que el mismísimo que nos ha de dar la victoria. El fondo de nuestra naturaleza es cobardía y todos los vicios se resuelven en cobardía. El orgulloso que no parece sino que va a derribar a medio mundo, es más cobarde que cualquier otro; está encadenado y ¡quisiera ser tenido por libre sin sacudir sus cadenas! ¡De la misma esclavitud saca motivos de orgullo!

La piedad que quiera subsistir en medio del mundo, por fuerza tiene que sostener este combate, el cual es tan recio y son tan numerosas las ocasiones de merecimiento y de victoria, que si se tuviera ánimo bastante para combatir generosamente y sin flaquear, el mundo estaría poblado de santos. ¡Ahora que el valor!...

En la vida religiosa el combate tiene por objeto las pasiones. En ella se mete el mundo más de lo que se cree: penetra con el aire, y nuestros ojos y sentidos nos lo hacen sentir. Dícese que los malos sienten como por instinto a los malos; también los buenos sienten a los malos, pero según sea su punto flaco. Pronto se establece la corriente.

2.º Además de esta fuerza brutal también hemos de tener la de la paciencia. Ya sea que os hayáis dado a la vida de piedad en medio del mundo, ya hayáis abrazado la vida religiosa, tenéis dado el gran golpe y habéis cortado el nudo gordiano con la espada de Jesucristo. Como habéis pasado el

mar Rojo, está bien que entonéis un cántico de victoria; pero necesitáis paciencia para atravesar el desierto. A los judíos les faltó esta fuerza, que es la paciencia, y así se sublevaron contra el mismo Dios.

Pues bien; tened entendido que la verdadera fuerza no es la que asesta un golpe tremendo y luego descansa, sino la que uno y otro día continuúa combatiendo y defendiéndose. Esta fuerza es la propia humildad, que no se desalienta ni se rinde. Como es débil, le acontece que cae; mas mira al cielo; pide a Dios socorro y se vuelve fuerte con la misma fortaleza de Dios. La tortuga de la fábula llegó antes que la liebre. El varón generoso que trabaja cada día sin descanso, aun cargado de más pasiones y defectos, llega antes que quien, con tener más virtudes y menos vicios que vencer, quiere descansar trabajando. Por eso serán derrotadas esas gentes que duermen tranquilas y, desdeñando los pequeños combates de cada día, esperan las grandes ocasiones para entrar en lid. Del propio modo una tierna vocación que no se apoya en la paciencia, se malogra desde los primeros días. Es fruto de la impaciencia el querer acabar cuanto antes, y la impaciencia echa a perder todo cuanto se emprende. Lo que pretenden es desembarazarse tan pronto como puedan de lo que traen entre manos; no lo confiesan, pero ese hermoso celo no es otra cosa en el fondo. Se quiere acabar para descansar: ¡pura pereza! Tal es la tentación ordinaria de los que mandan y dimana del orgullo y de la pereza. Uno quiere deshacerse de una cosa que ya está tratada y resuelta en su mente; como vengan a consultaros o hacer preguntas, contestáis con impaciencia, entendiendo que ya sabéis lo que os han de decir. ¡Poco importa que ande necesitado de luz el que viene a consultaros! Os fijáis en vosotros mismos. Todo eso es impaciencia. El paciente, al contrario, va al enemigo, le considera y responde sin dar muestra alguna de apresuramiento. Bien sabe dónde dar el golpe, y aguarda la gracia, dándole tiempo para entrar.

A todos nos es necesaria esta fuerza para combatir durante toda nuestra vida. Porque sin ella, ¿en qué vienen a parar la esperanza y la dulzura del servicio de Dios? Muchas gracias habéis recibido, pero no producirán mucho sino merced a la paciencia. No cuesta gran cosa practicar un acto de paciencia; lo arduo consiste en ser fuerte y paciente en un combate incesante que ha de durar tanto como la vida.

Lo que nuestro Señor nos pide es fidelidad y sacrificio, nada más. Dios en su bondad nos retrotrae siempre al co-

mienzo y deshace nuestro trabajo, de suerte que nos hace falta volver a comenzar cada día; ¡como nunca resulta bastante perfecto para El...! Lo importante es que siempre nos quede paciencia, pues ella se encargará de conducirnos a término. El santo Job se ve despojado de todo; la paciencia, empero, le queda, y ésta es prenda segura de su corona, según lo atestigua el mismo Señor admirado: “No se ha impacientado: *In omnibus his non peccavit Job labiis suis, neque stultum quid contra Deum locutus est*” (1).

En este combatir de cada instante, en estas derrotas, el alma dice: ¡Esto no va bien, ni podrá ir nunca! Y viene la impaciencia y el desaliento. No busca otra cosa el demonio, que queda bien contento con nuestras impaciencias. Examinaos sobre este punto; casi todos vuestros pecados proceden de ahí; me refiero a los pecados interiores. Descorazona el no alcanzar éxito y da ganas de abandonarlo todo si se pudiera. La paciencia es la humildad del amor de Dios. Por mí nada puedo, pero de todo soy capaz en Aquel que me fortalece. ¡Yo, nada; la gracia, todo! Es preciso saber tomar tiempo y meterse bajo tierra para crecer. Guardaos, por tanto, del desaliento, que es el manantial de casi todas vuestras caídas.

También hace falta ser paciente para con Dios y más aún para consigo mismo. Léese en el Evangelio que el árbol que produce fruto es podado para que produzca más, aun cuando aparentemente eso le deslustre y le cause detrimento. Al religioso, al santo, Dios le poda por medio de las tentaciones. Cuando nos parece que vamos bien, nos paramos, como es natural; mas Dios quiere que digamos sin cesar: Todavía más; ¡adelante siempre! ¡Nos sabe tan bien el oír que amamos a Dios, sobre todo cuando nos lo dice y hace sentir el mismo Dios! ¡Pero El no lo quiere!

Cuando estamos satisfechos o creemos tener la aprobación de Dios, ya no tememos nada; pero que se oculte, que nos parezca que ya no nos ama, que nos abandona y nos es contrario, y ya lo dejamos todo. ¡Se acabó la devoción; se cree uno condenado y se espanta! Dios obra de este modo, porque echamos a perder todo cuanto tocamos. Si nos dirige alguna buena palabra, al punto nos figuramos haberla merecido y nos coronamos con ella. Lo que en realidad no era más que un aliento para nuestra flaqueza, nosotros lo reputamos justa expresión de nuestro merecimiento; así es cómo

(1) Job, I, 29.

nos miramos a nosotros mismos, y nos perdemos convirtiéndonos en nuestro propio fin. Y como Dios nos ama con amor clarividente, en modo alguno puede prestarnos ayuda para nuestra perdición, por lo que nos quita la paz y pone en guerra para tener que trabajar. Es tiempo de fortaleza y de paciencia el que entonces se nos presenta, pues las pruebas que Dios nos hace sufrir directamente son mucho más dolorosas que aquéllas que proceden de las criaturas. Hay que armarse de paciencia con Dios diciendo: ¡Nada puedo, Dios mío, mas, aun cuando me matareis, en Vos esperaré! *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo!* (1). Y preciso es que nos mate en cuanto al hombre viejo, para que el hombre espiritual pueda vivir y comunicarse libremente con Dios.

¡Ea!, tomemos esto en consideración, porque han de llegar las pruebas. Sabed aguardar el momento de Dios; dejad que se maduren las gracias, tened paciencia, que ella es la que hace los santos.

(1) Job, XIII, 15.

LA MORTIFICACION, SIGNO DEL ESPIRITU DE JESUS

*Semper mortificationem Jesu
in corpore nostro circumferentes,
ut et vita Jesu manifestetur in
carne nostra mortali.*

“Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo”.

(II COR., IV, 10).

NUESTRO Señor vino para curarnos y comunicarnos una vida más abundante. Somos por naturaleza enfermos; dentro de nosotros llevamos el germen de todas las enfermedades espirituales, y no necesitamos del demonio para caer en el pecado, dado que nosotros mismos tenemos el poder de condenarnos. No ignoro que el demonio nos tienta; pero las más de las veces se vale de nosotros mismos para tentarnos; está en connivencia con nuestros enemigos interiores y guarda inteligencias con la plaza donde halla un eco fiel. El pecado original deja malas inclinaciones, que actúan con más o menos fuerza según sea el grado de nuestra pureza y fortaleza; con todo, no siempre dependen en absoluto de nosotros las tentaciones.

A estas tentaciones, a las que nosotros mismos dotamos de medios, hay que añadir aquellas otras que proceden de las circunstancias en que nos encontramos, del demonio, y alguna que otra vez de la permisión positiva de Dios. No está en nuestra mano el no ser tentados; de donde se sigue este principio, que hay que curarse y llenarse de una vida sobreabundante, capaz de resistir y combatir sin agotarse; el mayor mal consiste en estarse quedo y seguro de sí mismo. Tan pronto como digo: Estoy perdonado y ya vivo, vuelvo a caer.

Para curarse y vivir de veras es necesario posesionarse del espíritu de nuestro Señor y vivir de su amor; el amor hace la vida y el espíritu forma la ley de las acciones y de los sentimientos. Ahora bien; este espíritu no es otra cosa que la mortificación, ya sea de penitencia, ya de amor. Todo lo demás es mentira y adulación. Compulsad la vida de nuestro Señor; en cada página os encontraréis con la mortificación:

mortificación de los miembros, desprendimiento, penas interiores, abandono, contradicciones; la mortificación es la esencia de la vida de nuestro Señor, y por ende, del cristianismo. Bueno es amar; pero el amor se prueba con el sacrificio y el sufrimiento.

I

La mortificación sanará mi cuerpo, que arrastra consigo toda suerte de enfermedades. El cuerpo está profundamente herido y carece de su robustez primitiva; cada uno de sus movimientos es un paso hacia la muerte y la descomposición; corrupción es también la misma sangre.

¿Cómo restituir salud y fuerzas a tal podredumbre? Los antiguos decían que con la sobriedad; mas el Evangelio dice que con la mortificación, en la cual tan sólo se encuentra la vida del cuerpo. Los que sin tener fe quieren prolongar la vida, obran conforme a razón y son sobrios. ¡Cuán cobardes no seríamos si con la fe y la gracia no hiciéramos lo que ellos por amor de la vida!

Aun para aquellos que, como los religiosos, llevan por estado una vida sobria, resulta muy fácil hermanar el espíritu de penitencia con sus pobres manjares. Lo cual es necesario para todos, por cuanto no estamos exentos de faltas cotidianas, a más de que tenemos que reparar por otros. Mortifiquémonos, pues, no ya tanto respecto de la cantidad como en la calidad y el sabor. No estamos al abrigo de las tentaciones de gula, y si no supiéramos hallar ocasiones para mortificarnos, careceríamos del espíritu de penitencia y, por consiguiente, del de nuestro Señor.

Nuestro cuerpo, que no es enemigo tan despreciable, sufre calenturas y las quiere comunicar al alma, por lo que hay que curarlas con remedios contrarios, y la verdadera quinina que vuelve a calmar nuestros humores regularizando sus movimientos es la mortificación. Sólo a fuerza de cadenas se doma el cuerpo; refunfuña al atársele, pero al fin y al cabo se le ata. En cuanto al alma, lástima que viva entregada al cuerpo que la cautiva con apetitos sensuales; los males del alma proceden sobre todo de los objetos exteriores, con los que sólo por medio del cuerpo está en contacto; sus distracciones reñidas con toda paz no nacen sino de lo que ha visto, y la imaginación, órgano corporal, es un pintor miserable y felón. Cuanto más santa sea la acción que ejecutéis, tanto más abominables cosas os pinta este traidor vendido a